

Smith, Adam [López Lloret, Jorge (ed.)]. *Lecciones sobre retórica*. Oviedo: KRK Ediciones, 2021, 758 pp.

Javier Leñador¹

Universidad de Sevilla, España

Si escuchamos el nombre de Adam Smith (1723-1790), la disciplina que con mayor probabilidad nos venga a la mente sea otra bien distinta a la que aquí nos ocupa: la economía. Si acaso lo recordaremos como ese hombre de “la mano invisible”, simplificada en el *laissez faire* propio de la economía ultraliberal, y por su libro *La riqueza de las naciones*. Y si bien es cierto que ha pasado a la historia por sus aportaciones a la economía siendo uno de los padres del pensamiento liberal y de la teoría clásica económica, Adam Smith se formó en el ámbito eclesiástico y legal, donde, huelga decir, el discurso hablado y escrito son fundamentales. Conociendo esto, no nos resulta ahora tan extraño el título del libro referido a la retórica como disciplina primordial en las artes del lenguaje, la discusión y su eficacia para conmovir y/o convencer. Además, el título nos aporta otra información relevante, y es que se trata de las lecciones impartidas por el propio Smith —transcritas por sus alumnos aparentemente entre 1748 y 1759— y que por tanto tenían un fin formativo, no tratadístico. Se deben tomar como recomendaciones y apuntes teórico-históricos para el discurso hablado y escrito.

La edición, la traducción, la introducción y las notas de esta publicación han corrido a cargo íntegramente de Jorge López Lloret, quien decidió que nuestra lengua se merecía una edición de las *Lectures on Rethoric and Belles Lettres*, unos apuntes manuscritos por los alumnos de Adam Smith en

¹ jlenador@us.es

las Universidades de Edimburgo y Glasgow descubiertos en 1958 por John Maule Lothian y publicadas 5 años después. Aunque esta primera edición y otras traducciones a otros idiomas han sido tenidas en cuenta para su edición y traducción, López Lloret se basa principalmente otra posterior con el mismo nombre editada y revisada en 1983 por J.C. Bryce. Esta primera edición en español, al modo de la inglesa, se divide en dos volúmenes con un total de veintinueve lecciones —la primera, a la que se le supone un contenido introductorio o histórico, se perdió. El primer volumen (lecciones II-XI) se dedica a la comunicación oral general, mientras que el segundo (lecciones XII-XXX) a distintas modalidades del discurso: histórico, poético, demostrativo, deliberativo, didáctico y judicial.

Entre las fuentes de estas lecciones, López Lloret destaca las británicas y las francesas coetáneas, así como las clásicas. Entre las primeras cabría notar el *Tratado de la naturaleza humana* (1740) de Hume o *Ensayo sobre el entendimiento humano* (1690) de Locke, así como otros autores como el Conde de Shaftesbury, Addison y Hutcheson; entre las francesas *Diálogos sobre la elocuencia* (1718) de Fénelon o *Reflexiones críticas sobre la poesía y la pintura* (1719) de Du Bos. Por su parte, la influencia clásica se deja sentir a lo largo de todo el libro con citas continuas a grandes oradores como Cicerón, Quintiliano o Dionisio de Halicarnaso.

Entrando en el contenido de estas lecciones, destaca por su reiteración, la posición de Smith a favor de un lenguaje transparente y sin oscurantismos. En este sentido, opta por evitar frases equívocas y apostar por un lenguaje en orden natural libre de digresiones. Sin embargo, deja clara su posición de clase al decirnos que es preferible el lenguaje de las clases elevadas en tanto se trata de un tipo más distinguido y refinado, así como cierto nacionalismo de época en la preferencia por el uso de palabras nativas frente a extranjerismos siempre que sea posible.

En cuanto a la composición y el orden del discurso, Smith nos hace una recomendación clara: debemos ir de lo más a lo menos punzante. Por su parte, sobre los tropos y figuras del discurso, que se alejan de la norma —social y gramatical—, dice que pueden llegar a embellecer, pero siempre y cuando se utilicen sin abusos, de manera interesante y dotando de fuerza expresiva a aquello que suplanta, algo que muchos autores contemporáneos pasan por alto con un uso intensivo y desacertado de metáforas y analogías.

En el final de la primera parte, Smith pasa a analizar prolijamente la descripción en el relato, que diferencia entre directa o indirecta en función de si se describe el objeto mismo o los efectos que este produce en las personas. Smith loa el segundo tipo, ya que implica profundizar en las pasiones humanas y toda su complejidad. La emoción causada por una obra o discurso se completa con lo que llama objetos adicionales, que en todo caso tienen que participar de la misma emoción causada por el objeto principal de representación, encuentre o no relación causal o de proximidad con él. Explica a continuación una serie de reglas para la descripción de los objetos, entre los que destacan la concreción, la inoperancia del orden espacial en la descripción de un objeto físico y la necesidad del orden temporal en el relato.

La segunda parte del libro, como dijimos, se dedica a analizar aspectos retóricos de distintas disciplinas. Abre con la historia, de cuyos sucesos vuelve a aconsejar un estilo indirecto, que fije su atención en las consecuencias para con los afectos humanos y que serán más tocantes mientras más dolorosos o penosos sean. Sobre el estilo aconseja que sea ameno, que la descripción sea menos minuciosa mientras mayor distancia causal tenga con el argumento principal y, por supuesto, un alejamiento de los estilos retóricos y didácticos, pues no se debe ni posicionarse ni caer en una demostración continua y farragosa de los argumentos. La importancia de los clásicos se deja sentir aquí de manera especial al introducir una comparación de estilo y virtud ente los historiadores y poetas grecorromanos. Lo hace en orden cronológico, de los más antiguos y maravillosos a los más recientes y veraces —del mito al logos.

Después de la historia le toca el turno a la poesía, de la que elogia su superioridad artística, moneda corriente en la estética de los siglos modernos. La compara con la historia, a la que supera en gracia y entretenimiento, con la pintura, a la que supera en su capacidad narrativa —lo que apunta Lessing en su *Laocoonte*— e incluso con el teatro, al que supera en su libertad espaciotemporal.

Smith pasa a analizar la retórica en la lección XXII, lo que le ocupará hasta el fin del libro. Utiliza la categorización hecha por los antiguos que distingue entre retórica demostrativa, deliberativa y judicial. Empieza por la demostrativa por su simpleza y fácil extrapolación al resto de tipos. Como nos dice, esta tiene como objeto el elogio o encomio de un gran hombre, y

de paso del orador mismo, y surgió ya con los panegíricos que los primeros autores griegos rendían a los dioses y héroes. En ellos se alaban tanto sus acciones como su carácter, sobre todo lo segundo, y en especial la virtud. En cuanto a estilo, Smith aconseja evitar los superlativos y las hipéboles y optar por resaltar las virtudes que causen respeto. En cuanto a la tipificación de la retórica demostrativa, Smith distingue tres clases en función del tipo de argumento utilizado: aquellos que muestren la utilidad y honorabilidad de lo defendido; aquellos que loan su viabilidad; o bien puede optarse por una combinación de ambos tipos.

La retórica deliberativa, aquella cuyo fin es la defensa o el rechazo a una determinada política o acción, es tratada mirando a la antigüedad, comparando Cicerón con Demóstenes y con ello la sociedad y política griega y romana. Aquí se aleja del estilo prescriptivo para estudiar desde una metodología histórica y sociológica los hitos sociopolíticos acaecidos en ambos pueblos, lo que llevaría a entender los cambios estilísticos en la retórica romana hacia la pomposidad y cierta altiveza.

Las últimas lecciones se dedican a la retórica judicial. Smith destaca la importancia de hilvanar y concatenar con atino los argumentos judiciales —a favor o en contra— para darle más solidez a la defensa. Estos argumentos pueden estar relacionados con el carácter del acusado, con el motivo —preservar algún bien o evitar o reducir un mal—, con el tiempo o el lugar, etc., pero en todo caso defiende el uso del *Common Law* inglés, basado en las sentencias precedentes y por tanto en lo concreto y práctico frente a la pura teoría de la ley. Sobre el discurso defiende la división tradicional en 5 partes. La primera sería el exordio, donde se muestra el propósito del discurso. La segunda la narración de los hechos y la historia que los envuelve. Le siguen la confirmación, la refutación y la peroración. Las dos primeras se refieren a la ratificación y rebatimiento de los hechos con argumentos sujetos a ley, mientras que el último hace referencia a una conclusión o recopilación de los argumentos expuestos en los puntos inmediatamente anteriores. Analiza el estilo basándose en los grandes oradores de Grecia y Roma, en especial Demóstenes y Cicerón, pero también entra a valorar el estado de las cosas en la Inglaterra de su época. De ella destaca la utilización de un discurso más llano y la mayor formación del cuerpo de jueces, que ya no es popular, sino formado, y al que no le valen narraciones plausibles no demostrables.

A los tres tipos clásicos de retórica, Smith suma el discurso didáctico, que trata tangencialmente. Abundan aquí los consejos prácticos, como que el número de proposiciones subordinadas a aquella que se quiere demostrar no sea excesivo, siendo tres el número preferible. También propone una aproximación “científica”, como la de Aristóteles, donde se expone primero lo que se demostrará después, oponiéndose así al modelo socrático, donde nos acercamos a la conclusión paulatinamente, sin tan siquiera anunciar la hipótesis.

Podemos acabar diciendo que si algo demuestra Smith en estas páginas es una formación polivalente en literatura, historia, filosofía y retórica como hombre humanista. Adam Smith fue ante todo un filósofo, un pensador que queda lejos de la visión y la formación de un economista especialista contemporáneo. Sin caer en un excesivo dogmatismo, sus observaciones y sugerencias no se hacen a la ligera, sino siempre citando fuentes históricas y literarias. Por su parte, su estilo es fiel a lo que predica: sencillo y directo, y su contenido más aprovechable de lo que se pudiera pensar en un primer momento. Lo que Jorge López Lloret nos trae al español no es una perorata desactualizada, solo llamante al reducido número de expertos en retórica. Al contrario, su lectura, además de ser formativa en cuestiones lingüísticas e históricas, puede ser aprovechada para mejorar la eficacia de nuestra comunicación oral y escrita, pudiendo servir de herramienta para convencer desde la fundamentación y el convencimiento en tiempos de desinformación y populismos.